

LA PUCHA

Ficha técnica:

Autor: Oscar Viale

Fecha de estreno: Mayo de 1969

Teatro: Sala Casacuberta - Teatro San Martín

Elenco: Norma Bacaicoa, Leonor Benedetto, Luis Brandoni, Julio de Grazia, Walter

Santa Ana, Marcos Zucker, Jorge Rivera López

Escenografía: Gastón Breyer.

Dirección: Roberto Durán

Buenos Aires, Clarín, 19/05/69.

“La Pucha”: Puesta e interpretación Procuran Salvar un Texto Endeble

En la sala Casacuberta, del Teatro San Martín, se estreno “La Pucha”, del autor argentino Oscar Viale, un “collage” de situaciones y tipos porteños que se queda en la superficie las más de las veces, resultando falso y fastidioso cuando quiere profundizar. La puesta de Roberto Durán, ágil y moderna, y la muy buena labor del elenco rescatan en parte las debilidades del texto. Imaginativa, pero demasiado artificiosa, la escenografía de Gastón Breyer.

Oscar Viale, un autor joven, inquieto, interesado en nuestra problemática cotidiana, demostró en “El Grito Pelado” que sabe manejar lo popular porteño y que domina la difícil técnica del “sketch”. En “La Pucha” repite su fórmula pero con bastante menos fortuna. Se mantiene, sí la acertada observación de tipos y el transplante fiel de ese “semilunfardo” nuestro tan peculiar. Pero no hay sustancia, todo queda en la superficie. Experimentamos esta vez la impresión de que Viale tiene poco que decir, sus textos nos parecieron endebles. Pantallazos como “La Traducción” no va más allá, de una síntesis muy pueril de ciertos “enjuagues” internacionales; se escuchan chistes de neta -y antigua- extracción revisteril y primera partes se cierra con un intento de grotesco que además de excesivamente largo, carece de autentica fuerza y penetración psicológica.

Hay cuadros que comienzan de manera muy provisoria -como el del muchacho de barrio que habrá de casarse con una chicha que “anduvo” con toda la barra- pero que luego se desbarranca, y los aciertos (el que nos ocupa tiene un monólogo muy eficaz e ingenioso) se diluye sobre el final por la falta de remate adecuado. Así “La Pucha”, en lo que hace estrictamente el trabajo de Viale, nos dejó una sensación de vacío conceptual que se torna más notoria porque este sainete porteño apunta, en muchas de sus facetas, hacia una profundidad de sondeo, ya que no parece haber sido la intención del autor lograr un simple bordado de situaciones, una pintura de ambiente sin pretensiones.

Roberto Durán utilizando una compleja estructura escenográfica de Breyer que pese a su riqueza imaginativa no es la más propicia a la índole de la pieza puesto que tiene magnificarla visualmente en demasía, encontró en “La Pucha” para elaborar un juego brillante. Su puesta tiene ritmo y agilidad, los actores, hacen de todo, inclusive de utilería y “la trampa” en un comienzo pirandelliano, donde todo está en etapa de preparativos hasta que el director da la orden de empezar, es muy transitado pero funciona bien. Las canciones son agradables y la música de Rubén Rodríguez Poncetta, que ejecuta en escena un conjunto de flauta, guitarra, batería y órgano y el bien dosificado manejo de las luces otorga al espectáculo una grata sugestión.

Todo el elenco se prodiga en coordinada labor en conjunto y todos, individualmente, demuestran entrega y firme profesionalidad. Luis Brandoni tuvo aciertos notable, como el caso del vendedor ambulante, donde obtuvo una muy cálida -y merecida- repercusión

en la platea. Similar adhesión suscitó el monólogo de Walter Santa Ana en el primer acto, Julio De Grazia se lució ampliamente en el “sketch” que abre la segunda parte. Marcos Zucker y Jorge Rivera López, lograron idénticos impactos en otros esquicios, y el limitado el rubro femenino estuvo bien representado por Norma Bacaicia y Leonor Benedetto, si bien cabe señalar que a la primera no le responde la voz como para cantar sola.

Buenos Aires, La Nación, 24/05/69.

Un espectáculo de interés y animación en el San Martín Nueve “sketchs” forman el espectáculo denominado “La Pucha”, del que es autor Oscar Viale y que se presenta en la sala Casacuberta del teatro San Martín. Con excepción del último, que tiene una mayor pretensión de profundidad, los demás podrían ser otros tantos cuadros de una revista. Claro está que con beneficio para la revista, si se compara el por lo general bajo perfil que suelen tener los “sketchs” de tales espectáculos, con la calidad indudable que alcanzan los de Viale, un autor que con “El Grito Pelado” esta obra ha demostrado sus condiciones.

Una excelente construcción teatral, proyectada hacia el espectador con medios escenográficos que le prestan especial vibración; diálogos ágiles y en general entretenidos, que podrían favorecerse limando algunas asperezas innecesarias, y situaciones que dentro de su simpleza denotan una aguda observación de nuestra vivencias ciudadanas, de tipos y modo de actuar y pensar de nuestro hombre medio, son característica que destacables en “La Pucha”, que a despacho del decaimiento o la reiteración que puede advertirse en algunos de los cuadros, entretiene e interesa.

Mencionamos el último cuadro, como el de mayor pretensión. Es una síntesis de certeros trazos, una estampa del individuo de la gran ciudad, apesado sin remedios por la trama en que se desarrolla una existencia sin posibilidades de superación: la nimiedad de su vida de hogar, la chatura de su trabajo en una oficina, pequeño mundo de mezquindades y anulaciones y la tiranía del dinero, es decir de la falta de dinero. Hay aquí una protesta y ende una crítica de un medio social que insensibiliza y atrofia a sus componentes.

Los valores nada desdeñables de la obra de Viale son llevados a un nivel de rico aprovechamiento por la excelente puesta en escena de Roberto Durán, conmovió con fluidez y animación permanente a sus actores, dentro del marco, creado por Gastón Breyer, un tanto estrafalario pero sugestivo, en que se suceden los cuadros y sus atrayentes intermedios, en un ambiente que oscila entre el circo y el “vaudeville” norteamericano.

Dentro de esa excelencia sería difícil marcar diferencias en la labor de Luis Brandoni, en uno de los mejores trabajos de su carrera; Jorge Rivera López con su autoridad y aplomo acostumbrados, Walter Santa Ana bien compenetrado en la esencia popular de sus personajes; Marcos Zucker que luce una vez más su veteranía. Completan correctamente el reparto Julio De Grazia y dos jóvenes figuras femeninas Norma Bacaicoa y Leonor Benedetto. Es muy grata la música de Rubén Rodríguez Poncetta, ejecutada por un aplomado un conjunto que forman Jorge Cutello, Jorge Demonte, Carlos Lapouble y el propio autor.

Buenos Aires, La Prensa, 21/05/69.

Pasatiempo en tono menor en el Teatro Municipal

Cuando Oscar Viale estrenó “El Gripe Pelado”, saludamos la incorporación a la escena nacional con entusiasmo, pues había en los esquicios un buceo bastante profundo de nuestra realidad argentina. El autor mencionado insiste en el mismo estilo con “La Pucha” y lamentablemente, esta segunda parte no ha sido tan buena, aún cuando sea grato señalar que Viale conserva bastante de su ingenio y humor.

Lo que ha faltado es imaginación, y lo que le ha sobrado es melodramatismo. Por lo pronto ha ubicado todos los “sketchs” dentro de un contexto de la llamada clase baja, que puede llegar a tener dinero, pero que mantiene ciertas constantes como en el caso de la señora adinerada que no puede dejar de comportarse como un auxiliar de casas particulares. En segundo termino, su aproximación a los diversos temas es superficial, y en algunos momentos - sobre todo en el último esquicio- inapelablemente larga. Hay detalles como el vendedor de baratijas que no vacila en repetir en la primera y segunda parte, lo que revela poca inventiva; y el acto de la oficina resulta interminable. Añadiéndose a ello la monotonía del “sketch” de la lluvia, y su saldo no resulta positivo.

Del otro lado hay más de una escena muy divertida y un agudo sentido de observación pero la pieza llega a ser monótona, pese a los esfuerzos de un conjunto de primera categoría en la parte masculina, y una dirección excelente de Roberto Durán, a la que una escenografía de muy buen gusto de Gastón Breyer presta su marco interesantísimo.

Duran ha tomado como un juego, y ha pulsado la cuerda de la naturalidad, que es tan difícil resulta cuando no se cuenta con actores fogueados y expertos como los muy buenos que animan la obra. Tanto Luis Brandoni como Jorge Rivera López hacen lo imposible para dar vida a un texto que, leído, no siempre resultaría entretenido. Tienen gracia y dominio de la escena, cualidades que comparten con Marcos Zucker, un actor de gran calidad, Julio De Grazia preciso en su actuación; y Walter Santa Ana. Norma Bacaicoa y Leonor Benedetto están por debajo de sus colegas, y cuando cantan resultan bastante desentonadas. Tratar de mejorar su dicción no sería perder tiempo.

Creemos un error de la comisión asesora del Teatro Municipal General San Martín haber elegido esta obra, lo que explica un poco esotéricamente en el programa afirmado que aquella tienen “algunos atributos que la aproximan a las todavía secretas, evanescentes pautas de un teatro popular en la Argentina”. Añadir que “La Pucha” es, en realidad, una invitación para navegantes capaces de sentir el placer del viaje, simplemente, por el gusto de la aventura por un mar cálido y entrañable, no contribuye a aclarar las cosas.

Viale tiene ingenio, y ya ha dado prueba de ello en una obra buena y otra no tanto. Es hora, entonces, que deje de lado los esquicios a menos que se dedique a la revista y que nos de algo digno de un talento que brilló en primera instancia, pero aunque luego se ha empañado un tanto.

J. P.

Buenos Aires, Propósitos, 22/05/69.

MIENTRAS los pequeños teatros sin recursos acosados por las inspecciones tratan de mantener en alto el pabellón de la cultura, el oneroso Teatro Municipal la echa por el suelo.

Resulta curioso este hecho, pues hace apenas dos semanas, por indicación de la presidencia y sus ministros, se insinuó a las revistas que rebajasen el tono erótico de sus producciones fotográficas, y se prohibieron algunas películas extranjeras que se daban libremente en otros países.

Somos, por supuesto, enemigos de cualquier clase de censura, pero elegir un buen repertorio en un teatro no es un acto de censura, sino de orientación de sus funciones. Con el Dr. Alberto Obligado como Secretario de Cultura y el Arquitecto Fernando B.

Lanús de director general, el Teatro Municipal ha dado un grave traspie que lo coloca a nivel del más ordinario de los bodegones con números vivos.

El catálogo de palabras soeces traídas de los pelos no se encuentra seguramente ni en los lugares donde la más negra depravación escatológica lo inscribe. Vaya el Secretario de Cultura y compruébelo personalmente. El público se revuelve incómodo en la butaca, y siente el impacto del agravio, no atreviéndose a cambiar ni una mirada con su compañero de asiento.

Estos comentarios son a propósito de LA PUCHA, obra (¿) del argentino Oscar Viale (de quien comentamos elogiosamente “A grito pelado” desde esta columna, el 05/10/67) jugada en el Teatro San Martín.

Lamentablemente, el tiempo ha pasado y el autor que dio algo, y que prometía más, se dejó influenciar por corrientes degradantes desembocando su labor en un desfile estereotipado de cuadros de pésimo gusto y, lo que es peor, con una tendencia evidentemente a “hacer olvidar” a “anestesiarse” al espectador ante el drama que vive el país.

Comienza como muchas obras actuales, con el uso y abuso de una pretendida espontaneidad, debiendo el público soportar la visión de adultos, no hay ningún adolescente en escena, que juegan en actitudes marcadamente involucionadas con un balero, con una pelota, al sapo o se balancean en columpios ... Lo cierto que esta introducción dura siete largos minutos, y resulta grotesca. A modo de subtítulo, alguien rompe el silencio y dice: “La cosa viene mal barajada”, y es cierto.

Para probar esta afirmación comienza un “racconto” sobre los distintos “adelantados” que tuvo el país: el “del año de gracia del... 45, luego el del... 55; hasta que llegó la época de asaltos, crisis y carestías. Significando como tesis: “el gaucho argentino solucionó sus problemas manguendo al Banco Mundial”. Y sabemos bien que el “entreguismo” nada tiene de gaucho.

Cierta chispa tuvo el cuadro que satiriza a los inestables, esporádicos y movibles presidentes de cualquier republiquita latinoamericana, quienes con los embajadores gringos hablan permanentemente de “ayuda”. Pero prudentemente no menciona “los golpes militares”.

Se intercalaron chistes verdes para viejitos reblandecidos, queriendo retenerlos en sus butacas cada vez que empezaba el aburrimiento.

No podía faltar entre estos “inocentes” cuadros el de posible encornudado y sus preocupaciones feudales, ya sugerido de antemano, pues una cabeza bovina con cuernos de color lila preside este ritual, colgada en lo alto del escenario frente a la platea.

Siguió una burla de ciertos vendedores ambulantes que por su condición son inofensivos ¿verdad?

Cerrando la primer parte trajo el tema de los viejos jubilados, reproduciendo el drama al anecdótico sentimentaloides, al que agrega concesiones ideológicas cuando repite el “Riders Digest” con un estúpido problema de palabras cruzadas: “¿Cuál es el país de América Central, sujeto a un régimen totalitario?”, y aclara: “Tiene cuatro letras”. Fue como mencionar la cuerda en la casa del ahorcado.

It's all right Mister O.V., now you can take our theater and the money of course. Si insoportable se hizo la primera parte por su inconsistencia, temor y suciedad en los ganchos cómicos, la segunda colmó todo lo imaginable. Plagada de chistes malos, un intrascendente jueguito de pelucas que culminó con un resbalón de la actriz, discurrió con suciedad sobre lo que quiere una parejas de novios, mostró además una inoperante convivencia de hombres solos, reiteró la burla a los vendedores ambulantes (al respecto O. V. parece tener una idea fija con este sector laboral), terminado con un cuadro sobre

el “buen hombre”, el único con algún valor. Ahora bien, si impugnable es la pieza por su corticalidad, el quedarse premeditadamente el autor a las puertas de cualquier situación, su genuflexión ideológica, en fin, toda esa carga de condicionamientos negativos para sus calidades de autor-hombre, es también rechazada totalmente por el lenguaje en que está volcada.

Este tenor palpitante todo a lo largo del trabajo llevó al autor “adaptarse” a un medio ensangrentado y con mordaza, obligándole ofender a nuestro público espetándole esta resaca de inmundicias desde un escenario lujoso que suponíamos de cierta seriedad. Su lenguaje escatológico es totalmente irreproducible, y conste que no jugamos de académicos, sino de personas con algo de dignidad, la que suponemos en la mayoría de los porteños.

Con entusiasmo el elenco integrado por Norma Bacaicoa, Leonor Beneditto, Luis Brandoni, Julio De Grazia, Jorge Rivera Lopez, Walter Santa Ana y Marcos Zucker como si estuviesen familiarizados con la pornografía.

La escenografía de Gastón Breyer sirvió a este desborde.

Como avergonzada la buena música de Rubén Rodríguez Panceta con los excelentes intérpretes: Jorge Cutello (Flauta), Jorge Demonte (Guitarra), Carlos Lapouble (Batería) y Rubén Rodríguez Poncetta (Organo), dignos de otro destino. Esto fue dirigido por Roberto Durán, pero no necesitaba dirección.

La cronista tuvo que pagarse la entrada, a pesar de exhibir su carnet, lo que demuestra el poco respeto por la prensa que existe en el Teatro Municipal, donde ahora para mayor escarnio de la cultura, funciona una confitería para “te canasta”, “despedidas”, “desfile de modelos”, cuyas lámparas de mesa parecen ser realizadas sobre un clarín de granaderos y en la pantalla, el motivo decorativo es un soldado de San Martín, según el dibujo que reproducimos. Seguramente que este detalle no ha sido observado por el Director Administrativo, Coronel Alfredo Jorge Urien ni por ningún miembro del Instituto Sanmartiniano.

Buenos Aires, Panorama, 20/05/69.

El mito porteño

La pucha, de Oscar Viale. Dirección: R. Durán. Elenco: N. Bacaicoa, L. Beneditto, L. Brandoni, J. de Grazia, W. Santa Ana y M. Zucker. Escenografía: G. Breyer. Teatro San Martín.

Con máscara exagerada, deliberadamente histriónica, Luis Brandoni proporciona encanto a la composición de dos típicos vendedores ambulantes. Intenta-y lo logra-reelaborar la teatralidad simple y variada de cierta picaresca porteña. Marcos Zucker y

Jorge Rivera López sueltan chispas de sutileza en la descripción de dos porteños mufados, mientras cae la lluvia sobre una casita del Tigre. Walter Santa Ana y Julio de

Grazia dan semblanzas muy afinadas de personajes y hábitos del barrio. Norma Bacaicoa y Leonor Beneditto son espejo (casi calco) de clásicas dactilógrafas insatisfechas. Junto al escenario, cuatro músicos ilustran textos, “skeths” y parodias del cine mudo, todo con aire de “varieté” musical. También hay chistes sueltos ligeramente

pornográficos (esos que tanto gustan contar y paladear a los porteños), canciones a la vieja manera brechtiana, estampas intermedias y “cuentos dramáticos de social intencionalidad. El conjunto procura ser un fresco opulento y sabroso sobre esa cosa próxima y lejana, real y evanescente, que es “lo porteño”, el hombre de Buenos Aires, actual e intemporal a la vez.

A Oscar Viale (“El grito pelado”) le cuesta remontarse. Navega placidamente en el

costumbrismo a flor de piel (también en el grotesco discepoleano aunque lejos, muy lejos de la potencia del autor de “Mateo”), pero naufraga cuando dibujar (o esbozar) frisos más ambiciosos. Aporta mucho humor refrescante y un modo suelto y abierto de encarar la escritura teatral. Pero arrastra un contrapeso demasiado notorio de lugares comunes y sensiblerías demagógicas.

Hecho el elogio a los actores, falta decir que, además funcionan admirablemente como integrantes de un equipo. Muy seria y con mucho inventiva la puesta de Roberto Durán.

Detrás de los actores, escasamente iluminada, hay una mole escénico-arquitectónica debida al talento de Gastón Breyer. Es una estructura rica de ideas planos y ornamentos, pero tiene un vicio original: no se integra al espectáculo.

Buenos Aires, 21/05/69.

CON AIRE FRESCO

Se estrenó en el San Martín “La pucha“, divertida experiencia ideada por Oscar Viale que –entre la comedia y el sainete- proporciona la oportunidad de entretenernos y reírse a costa de cosas conocidas. La interpretación de Brandoni, Zucker y R. López, buena.

“La pucha”, en labios de cualquier porteño puede representar un testimonio de admiración, de rencor, de insulto tímido o el reconocimiento a la fatalidad. Abarcando los varios sentidos expuestos y algunos más, el actor Oscar Viale asume por primera vez la función de autor ideando una representación con los modales frescos y pasajeros de la comedia del Arte. El resultado es feliz en la medida en que entretiene sin reservas y permite que un director como Roberto Durán trace una puesta en escena que comunica agilidad, brillo e ingenio. Además el conjunto de actores reunidos sobre el escenario de la sala Casacuberta (predispuesta para, esta clase de travesuras) encuentra por su parte el modo de reconstruir situaciones que tiene mucho y poco que ver con todo. Esto significa que “La pucha” apela a situaciones que posibilitan a quien ocupa un sitio en la platea, se experimente como protagonista y destinatario de las ocurrencias escénicas alternativamente. Todo ello con la dosis de simpática complicidad a que convoca esta visión de los problemas del buen hombre de clase media con implicancia –ligeras o no- para medio mundo. Afortunadamente se ha colocado una orquesta a un costado del escenario y la escenografía reproduce de alguna manera la artificiosidad de las atmósferas circenses. Ello le quita enfatismo a la representación y propicia el acompañamiento rítmico. El paso de más –que hubiera colocado a “La pucha” en un nivel sobresaliente- dependía de que los actores cantaran mejor –o simplemente cantaran- y que la actividad física del espectáculo alcanzara una elocuencia expresiva más rica. Pero de todos modos esta clase de experiencia demuestra hasta que punto hace falta al público y al actor porteño impregnarse de espontaneidad y confiar en el poder de las alusiones. Gracias a ellas hasta lo que parece más inofensivo en “La pucha” cobra un interés secreto. Interés que desmerecen la representación de un número (el de Luis Brandoni, tan feliz y divertido en la primer parte) y el alargamiento del que cierra el espectáculo. El patetismo ensucia esta clase de propuesta ¿O no? Precisamente esa historia del hombre bueno priva al espectador del derecho a idear una culminación por su cuenta. En general el desempeño de los actores es el más aconsejable. Luis Brandoni, conviene repetirlo, encuentra una posibilidad muy fértil. Jorge Rivera López define en un plano de elevada comunicación lo que ocurre con sus bocetos psicológicos. Sostenidos en el terreno de la comedia libre parecen todavía mucho mejor, Norma Bacaicoa aporta agilidad, severidad, aun para el número que parecen alejados de sus posibilidades (la cantante sexy). Marcos Zucker divierte y se divierte contribuyendo a

definir un de los aspectos inusuales en el espectáculo: la cálida atmósfera de compañerismo que transmite. Excelente la escenografía de Gastón Breyer.